

Hay bocas de llamas que queman y encantan,
bocas sensuales que ignoran las penas:
hay bocas que ríen, y bocas que cantan,
y al cantar encantan: bocas de Sirenas!

Hay bocas de brasas, insaciables bocas
que besan y muerden y arrancan suspiros!
Sus besos desangran!... Sus caricias locas
nos dejan exangües: bocas de Vampiros!

¡Flor mustia en un libro, tu color evoca
cuando el viento errante con tus hojas juega,
el coral enfermo de la exangüe boca
que muere esperando beso que no llega!

¡Rosa fresca, evocas aquel labio muerto
que dejó su alma, en caricia loca,
allá en la penumbra del salón desierto,
toda deshojada dentro de otra boca!...

¡Boca sanguinaria, boca purulenta
de labios hinchados, boca enrojecida
en la frente pálida, por donde sangrienta
en busca de un sueño, se escapó la Vida!...

A JUAN R. JIMENEZ

Sobre un cisne de alas negras ¡oh, Lohengrin misterioso!
deshojando la armonía de encantado florilegio,
por las sendas silenciosas y sangrientas del Martirio,
vagas solo, conversando con las sombras de tus sueños.

En las brisas impregnadas de suspiros y de lágrimas
roncos gimen los fantasmas de los besos que murieron...
¡de los besos que se pudren en los rojos ataúdes,
esperando las caricias fugitivas de otros besos!

Y á lo lejos resplandecen, como lívidas auroras,
los fulgores de unos ojos infinitamente negros...

¿A qué playa te conducen las nostalgias de tu cisne?

¿Qué princesa necesita la victoria de tu acero?

Has llegado como un mártir, de las islas tenebrosas
donde rojas centellean las pupilas del Rey Tétrico,
del Monarca de cabeza de Medusa,
que en las sombras de la noche,
apacienta los rebaños monstruosos de los témpanos...

Las serpientes escarlatas de cabezas femeninas
el dogal de sus anillos enroscaron á tu cuello;
las panteras de la fiebre devoraron tus entrañas;
con la sangre de tus venas se han nutrido los murciélagos;
y las hienas, con los lomos erizados,
dando aullidos de alegría, en la arena del desierto,
han saciado sus feroces apetitos
con la carne corrompida de tus muertos:

esperanzas é ilusiones que se pudren lentamente
en el fondo de tu alma, devoradas
por los lívidos gusanos de tus propios pensamientos!

Es tu musa pensativa. Ama el claustro silencioso
donde el Cristo moribundo se desploma en el madero,
con la sien atravesada por la espina de la envidia
y el costado desgarrado por la lanza del blasfemo.

En praderas de azucenas ideales, apacienta
el rebaño pudibundo de tus cándidos corderos;
y de noche, por las largas avenidas de cipreses,
deshojando los miosotis de tus íntimos recuerdos,
se desliza como un rayo melancólico la Luna,
esperando las caricias del Misterio.

También ama las campiñas!... Corrió alegre
por las sendas perfumadas del Idilio, persiguiendo
mariposas de oro y nieve,
de tempranas violetas coronados los cabellos...

A la sombra de los pámpanos frondosos
 en los labios de una virgen se embriagó de castos besos,
 y sus rimas, como pájaros azules,
 sollozantes se perdieron
 tras el vuelo melancólico de un alma,
 por las claras y azulosas soledades de los cielos...

¡Oh, poeta taciturno! En mis horas de amargura,
 cuando muerden los dolores como víboras mi pecho,
 abro el libro de tus rimas,
 cual si abriese los sepulcros de olvidado cementerio,
 del ruinoso cementerio donde yacen mis pasiones
 enterradas en los negros ataúdes del Recuerdo!

La alba novia, que ceñida de azahares, abrió, trémula,
 el jardín de los amores á los faunos del Deseo;
 la soberbia soberana que en el trono de la cumbre
 me ofreció los verdes lauros que la gloria brinda al Genio;
 la novicia que agostó su vida amarga,
 como un lirio ensangrentado,
 en el claustro tenebroso de mis tristes pensamientos;

todas surgen de sus negras sepulturas,
 y en la sombra me acarician
 con sus manos descarnadas de esqueleto...

Y al morir cual eco errante
 la armonía de tus versos,
 mis pesares se despiertan y devoran como hienas
 el cadáver mutilado de mis sueños,
 mientras siguen mis pupilas
 melancólicas, el vuelo
 de las candidas palomas que se pierden perseguidas
 por las garras de los cuervos,
 derramando tibia lluvia de rubies
 en las tristes y azulosas lejanías de los cielos.

SONETOS

À GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA

PAISAJE INTERIOR

Cual sol en los cielos entreabre el Delirio
su enorme pupila torva y sanguinaria;
y en la roja tarde vaga solitaria
el alma marchita de cárdeno lirio.

Lenta nube vierte sangre de martirio,
el ciprés eleva su negra plegaria,
y enciende en el cáliz de la pasionaria,
lívida luciérnaga, fantástico cirio.

Sollozan los vientos. En lagos de llanto
los cisnes heridos apagan su canto.
Sobre las palomas vuelan los neblíes,

y entre las adelfas alza lentamente
su verde cabeza, la Eterna Serpiente
de escamas de oro y ojos de rubíes.

LOS CRUZADOS DE THULE

Son los Cristos que enrojecen los laureles del Calvario
con la púrpura triunfante de su sangre generosa;
rosas místicas que mueren en el seno de una hermosa,
mirra que arde entre las ascuas del simbólico incensario!...

Sañadores cenobitas que en el yermo solitario
con sus lágrimas fecundan una flora milagrosa;
argonautas que navegan en la noche silenciosa
tras el oro de un remoto vellocino imaginario!...

Son los cisnes que agonizan en el lago de los cielos;
 peregrinos que caminan por la noche de los hielos...
 Están ebrios de nostalgias. Su mirada entristecida

bebe el rayo tembloroso que al morir la Luna vierte...
 Marchan solos... Y se pierden por las sendas de la Vida,
 en silencio dialogando con la sombra de la Muerte...

CREPUSCULO MISTICO

Los cipreses, dos hileras de monjes encapuchados,
 con sus éxtasis vigilan los silencios de la casa,
 y en los altos ventanales los crepúsculos dorados
 iluminan las imágenes con el oro de su brasa.

Suena el órgano en los claustros de pintadas vidrieras,
 donde vagan las tristezas de las sombras monacales,
 que extasiadas en un sueño de celestes primaveras
 se olvidaron que florecen en el huerto los rosales,

¿Qué dolor, carnes reclusas, os cilicia y os flajela?
 El vampiro del recuerdo en las largas noches vuela,
 y estenúa vuestro cuerpo en las hoscas reclusiones...

— ¡Miserere! — claman roncas vuestras voces en el coro,
 mientras de las vidrieras en los altos rosetones
 resplandecen las custodias del crepúsculo de oro!

DEL MES DE MARIA

Sube al alto cimborio, con la niebla del incienso,
 la litúrgica dulzura de los cánticos monjiles,
 y escuchándola, sentado sobre vieja banca, pienso
 que revive la poesía de mis sueños infantiles.

Cuántas veces, tras las rejas, sorprendiera mi mirada
 en un pálido semblante la sonrisa de una boca,
 cuyos labios se entreabrían, como lúbrica granada,
 entre el lino blanco y trémulo de los velos y la toca!

Claras voces, claras voces que mi infancia perfumaron
 con la flora azul y mística de los huertos celestiales...
 ¡Cuántas noches mis nostalgias infantiles despertaron!

¡Oh, la novia de mis sueños!... Rubia monja que solía
 contemplarme pensativa, á través de los vitrales,
 de ojos tristes y profundos cual los ojos de María!

NOSTALGIA DE BRUMAS

Bajo los cegadores cielos de Andalucía
 turba sus claros ojos una tristeza gris;
 nostalgias y saudades de la melancolía
 brumosa y apagada del cielo de París...

Probó la embriaguez lúbrica de los vinos de oro;
 enloqueció de amores en la florida reja,
 y en fiestas de oro y sangre, vió revolverse el toro
 obscuro, entre los pliegues de la capa bermeja...

Y entre senos de bronce y brazos asfixiantes,
sobre ojos que brillaban como negros diamantes,
evocó de otros ojos la celeste visión...

Y mirando del Betis la corriente serena,
recordó con tristeza la turbia agua del Sena
donde él flotó el cadáver de la rubia Mignón!

ENSUEÑO DE OPIO

Es otra señorita de Maupín. Es viciosa
y frágil como aquella imagen del placer,
que en la elegancia rítmica de su sonora prosa
nos dibujó la pluma de Theofilo Gautier.

Sus rojos labios sáficos, sensitivos y ambiguos,
á la par piden besos de hombre y de mujer,
sintiendo las nostalgias de los faunos antiguos
cuyos labios sabían alargar el placer.

Ama los goces sádicos. Se inyecta de morfina;
pincha á su gata blanca. El éter la fascina,
y el opio le produce un ensueño oriental...

De súbito su cuerpo de amor vibra y se inflama
al ver, entre los juncos, temblar como una llama
la lengua roja y móvil de algún tigre real!

RUBEN DARIO

Tu alegre musa es hija de la musa pagana
que violó entre laureles el fauno Anacreonte,
mientras rastreando hoscas, atronaban el monte
con sus roncos ladridos, los perros de Diana.

Brindó al sátiro el fuego de sus labios de grana,
y al morir el crepúsculo en el rojo horizonte,
atravesó, cantando, la barca de Caronte,
desterrada á las brumas de una tierra lejana.

Y hoy, que la griega abeja le ha negado sus mieles,
perdida en las neblinas del gris paisaje exótico,
sueña con las cigarras en bosques de laureles;

y sintiendo saudades de lujurias lejanas,
turba su caramillo con un lamento erótico
la quietud de las vírgenes selvas americanas!

¡RESURRECCION!

Sobre el mar de oro flotan como nubes lejanas
las velas palpitantes de las embarcaciones,
y saludan la hora de las Resurrecciones
con un sonoro escándalo de bronce las campanas.

El Sol arde glorioso... Silencio... El aire quema.
Señala el Mediodía el viejo meridiano...
Sobre el papel, la pluma abandona la mano
que ha acabado ya el último verso de su poema.